

sesenta a un tipo de escritura sin militancia, sin nivel intelectual, sin ramificaciones con Europa, era considerada una conversación de peluquería entre señoras que no despertaba mayores curiosidades entre escritores comprometidos.

Puig en los sesenta era como un Almodóvar durante el poder de Franco, comparación quizás fallida por la diferencia de estilos, ya que Puig era alguien sumamente recatado y su literatura es más conversacional que escénica, pero como autor no tenía lugar en un país de machos que pensaban que la crítica por las armas y las armas de la crítica no admitían el maquillaje de las estrellas.

La mujer Star es el personaje de Puig, es Gloria Swanson en aquella película con William Holden, son Rita, Lana, Mecha, Zully, el mundo de la diva en el que los actores languidecen como varones descargados.

Ni Puig ni Copi quisieron volver a radicarse en Buenos Aires. No son como los Henry Miller o los Hemingway que dieron la vuelta a mundo para regresar a sus soles o sus sombras de origen. Copi decía sentir nostalgia por las playas y las soledades del Uruguay pero no por Buenos Aires. A ninguno de ellos les llegó la morriña y la ternura por el país que dejaron y que hoy otros «idos» ven tan pintoresco. Es un consuelo para nosotros los «quedados». No hicieron de la Argentina el lugar inofensivo de un recuerdo de infancia y de los argentinitos seres anárquicos pero simpáticos. Siempre conservaron su odio de origen que de alguna manera nos dignifica.

El pueblo de General Villegas de Puig se ha perdido para Puig. Le dio presencia literaria cuando así lo merecía. No es hijo dilecto de la zona, en mi conocimiento no tiene plaza en el pueblo, ni calle. Hay otros famosos que prestigian más la zona, más queridos por los lugareños porque resaltan las cualidades de gente buenaza, sencilla, pujante, y no la mariconada inventada por este autor *pop*. Puig fue seducido por el costumbrismo argentino pero no tanto por sus costumbres. La dulzura maliciosa del primero duró algún libro, pero la tenebrosidad del segundo le borró el sustrato aldeano de esta custodiada metrópoli. Se retiró de su imaginación el pueblo ingenuo y divertido que vivía del chismerío de zaguán, quedó la banda de asesinos que al fin dejaba caer su mascarada moral para desnudarse en su pura criminalidad.

En Cuernavaca, con su madre, con sus miles de películas, cerca de Hollywood y escribiendo comedias musicales para Broadway, su argentinidad se demoraba en su idioma a veces adaptado para usos mexicanos.

Copi dice de sí mismo que es un argentino en París. Figura legendaria atribuída al galante criollo que al volver cuenta sus proezas en la tierra prometida y por el conquistada. Champagne y mujeres. Triunfar en París es fácil, basta con haber estado. La diferencia de Copi es que hablaba el francés y lo usaba. Lo dibujaba. La historieta y el teatro en su caso, el cine en el de Puig, el ensayo y la poesía en Perlongher, todos éstos son géneros linderos de la literatura o no constituyen su núcleo difusor.

Quisiera mencionar a otros que se fueron. Emilio Rodrigué, algo así como un Henry Miller argentino por su nomadismo y su pornosensualidad. Pero fundamentalmente por su vitalidad. Lejano descendiente de D.H. Lawrence como lógica consecuencia de su característica milleriana, es un hombre que trasmite la felicidad al mismo tiempo que el desapego. Su independencia nace del hecho de que él mismo es su principal personaje. Hace del egoísmo un hedonismo, además, sabio, ya que se sostiene en concepciones eróticas legitimadas por los cambios que el psicoanálisis y las terapias de grupo produjeron en un sector de las clases medias. Rodrigué traza un cuadro tragicómico de las ilusiones de la conyugalidad. Sus exmujeres protagonizan varios de sus escritos. Personalidad rica, militante de los años setenta, perseguido político, psicoanalista respetado, escribió hace algunos años una monumental biografía de Sigmund Freud de una alta calidad teórica y literaria portuñol mediante. Obra ya descatalogada, inhallable en las librerías, presente quizás en alguna mesa de saldo, muestra que la ausencia de muchos años en ciertos cotos culturales, dejan a un autor con pena y olvidos. Parecen necesarios los contactos sociales para que una obra viva, que tenga lectores. Admiradores, colegas agradecidos, buena prensa, grupos de identidad, visitas oportunas, publicaciones y reediciones periódicas, intervenciones mediáticas, presentaciones de libros, algún premio, sitio de honra en suplementos culturales, si gran parte de esto falta, el autor «ido» se marchita en la lejanía. Asombrosamente esto ha sucedido con Rodrigué, al menos con este libro no leído que nos habla del estado en que se encuentra la cultura académica en la Argentina. ¿Quién va a fotocopiar dos tomos? ¿Qué profesor de psicología exigirá la lectura de un libro que no sea de su autoría y que no le reditúe nombradía y derechos?

Emilio Rodrigué cuando regresa a la Argentina ve a sus amigos de la vieja camada con los que hizo las travesuras décadas atrás, esquía en Bariloche y come bife.

Ahora Masotta. Un hombre que nadie hubiera dado un peso por su destierro. Porteño de dedos amarillos – lo he visto tener dos cigarrillos en la boca, el ya casi consumido y el recién encendido – protagonista de gestas culturales como el de la difusión de la filosofía sartreana, el *pop art* y el lacanismo, un sembrador de inquietudes y hombre alerta a todo lo que sucedía en París. Un intelectual de Buenos Aires. Un día se fue a Londres. No eran amenazas ni persecuciones sino, estimo, el percibir que la represión militar dejaba un espacio tutelado aunque no prohibido en el caso de la enseñanza de los seminarios de Jacques Lacan y los escritos de Freud, que empobrecería la actividad docente y literaria. Lo que más llama la atención en el caso de Masotta es el umbral que teje laboriosamente entre quien no es más que un divulgador de las ideas de otros y quien adquiere personalidad fuerte y propia. El resultado es una prosa elegante, cristalina, que discurre gradualmente entre problemas complejos que se escriben con pluma didáctica siempre a la altura de las dificultades, sin ánimo de simplificar. Masotta es lo contrario de un especialista, lo que no quiere decir generalista, sino algo así como un clínico. El médico clínico si es bueno, no es sólo estetoscopio y diga la palabra treinta y tres, sino quien orienta, descarta, controla, reúne. Masotta muere en momentos en que sus ensayos adquieren una característica cada vez más personal en el estilo de su transmisión y en los objetivos de sus investigaciones. Su producción contrasta con la ensayística argentina del mismo rubro en la que la pedantería, los anacronismos teorizantes, las poses eruditas, la glosolalia y la jerga para iniciados, dominan el panorama de – como decía Puig – una falsa sofisticación.

Para terminar con este desfile fraterno de los que se fueron siempre leídos por los que nos quedamos, el historiador Tulio Halperín Donghi, el hombre de los dilemas. Halperín que ha cubierto con sus libros prácticamente toda la historia argentina desde la revolución de mayo de 1810 hasta la eternidad peronista, muestra que los hombres que protagonizan la historia hacen lo que pueden dentro de la esfera de lo posible, y a menudo lo hacen tan mal como las circunstancias lo permiten. Dueño de una prosa alambicada que a la manera del lector aprendiz del latín, nos obliga con frecuencia a releer el comienzo de un párrafo de quince renglones para no olvidarnos de lo que habla, experto en subordinadas y puestas entre paréntesis, es un reconocidísimo académico primero de Oxford y luego de Berkeley que nos cuenta nuestra historia como una sucesión de callejones sin salida.

El talento que hay que tener para dilucidar dilemas no es poco. El modo en que en la Argentina nos hemos acostumbrado a leer nuestra historia es maniqueo. La historiografía liberal confundió dinero con educación y elites con plutocracia. La llamada historia revisionista o nacionalista, diagrama una epopeya sentimental que tiene un ogro que habla inglés por verdugo y un pueblo virgen que se le entrega como víctima. Argentina es Ifigenia. Los personajes cambian pero los roles son los mismos. No deja de ser extraño que un país que no padeció el genocidio de indígenas como México y Perú, ni el tráfico de esclavos como el Caribe, ni la sucesión de golpes de Estado antidemocráticos perpetrado por el imperialismo como en América Central, ponga sobre sus hombros la injusticia del mundo y que sea víctima propiciatoria de la avanzada imperial. El recorrido de Halperín nos instruye sobre las dificultades que afrontan los hombres del poder, las actitudes de los grupos económicos, las estrategias cambiantes, y los gruesos errores en los cálculos políticos; una historia no puritana, escéptica, ya que no ve en nuestra historia el drama de un solo sentido y de una sola lucha, y porque no la reconoce como una sucesión de problemas y soluciones sino de dilemas y decisiones enmarcados por la densidad de las contingencias.

Muchos se fueron y varios se quedaron. Puede llamar la atención de que en nuestro caso, el argentino, los referentes más importantes de la historia de nuestra literatura, los casi unánimemente considerados como tales al menos en el siglo XX, se hayan quedado. Más allá de haber estudiado en algún instituto de ultramar, o de pedir el sepelio en un territorio más tranquilo, Jorge Luis Borges, junto a Macedonio Fernández y Roberto Arlt, son gente de las calles de Buenos Aires que imaginaron el mundo desde esta ventana.



Muelle del puerto de Payta